

A debate el presente y el futuro del Partido Comunista de Cuba.

Próximamente se celebrará la Primera Conferencia Nacional del PCC, institución que tiene a su cargo, según la constitución vigente, orientar y dirigir al Estado y a la sociedad. Este acontecimiento ocurrirá en un momento de especial trascendencia para la nación cubana, porque de sus entrañas –hoy mismo- emanan los más diversos imaginarios acerca de hacia dónde, y de qué manera, se deben conducir los destinos del país. Por esta razón, la revista *Espacio Laical* ha convocado a un grupo de analistas para que ofrezcan sus criterios al respecto. Estos son: Víctor Fowler, poeta y ensayista; Orlando Márquez, director de la revista *Palabra Nueva*; Ovidio D'Angelo, investigador social; Alexis Pestano, miembro del Consejo Editorial de la revista *Espacio Laical*; Ariel Dacal, educador popular; y Lenier González, vice-editor de la revista *Espacio Laical*.

1. ¿Qué expectativas se han generado dentro y fuera de Cuba en torno a la celebración de la primera Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba (PCC)?

Víctor Fowler: Por falta de información confiable no estoy en condiciones de responder la parte de la pregunta referida a las expectativas que fuera de nuestro territorio haya generado la convocatoria a la primera Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba (PCC); en paralelo a ello, y en lo que toca a expectativas dentro del país, avergüenza decir que ellas son, a mi humilde entender, sumamente escasas, tenues, casi mortecinas. Téngase en cuenta que la discusión de los Lineamientos para la política Económica y Social, que tuvo lugar en el país hace ya algunos meses, fue un proceso equivalente a una gran asamblea social, precedida por reuniones en centros de trabajo, de estudio y a nivel de cuadra; en consecuencia, el debate final y la definitiva adopción de los Lineamientos fueron experimentados como un cierre de etapa que marcaba el principio de un nuevo ciclo de vida para todo el país. No importa si la transformación aún parece lenta (al menos soy de los que lo siente así), pues lo valioso es que se encontró la manera de dar comienzo a un proceso de descentralización económica y administrativa; al fin un cambio, un poner la sociedad en movimiento.

A diferencia de ello, la disposición de esta Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba es propia de cuando se quiere corregir asuntos internos de una agrupación, en este caso su estilo de trabajo; o sea, se trata de una discusión que –aunque realizada entre militantes del Partido, hacia el “adentro” de la organización- sólo alcanza su objetivo cuando se fundamenta en los conceptos de pueblo, nación, tiempo, socialismo, cultura, vida espiritual y contemporaneidad (aquí denominada “coyuntura”). Véanse las palabras del *Acuerdo del VI Congreso del Partido sobre la Conferencia Nacional*:

“La Conferencia Nacional tendrá, por tanto, la alta responsabilidad de establecer las bases para el perfeccionamiento del Partido en la actual coyuntura y en los próximos años, asegurando, en indestructible unión con el pueblo, la continuidad de nuestro Socialismo”.
<http://cuba.cubadebate.cu/noticias/2011/04/18/delegados-del-congreso-toman-acuerdos-sobre-conferencia-nacional-del-pcc/>

O las del presidente Raúl Castro, en ocasión de su *Discurso de clausura en las conclusiones del VI Congreso del PCC*:

“Para alcanzar el éxito, lo primero que estamos obligados a modificar en la vida del Partido es la mentalidad, que como barrera psicológica, según mi opinión, es lo que más trabajo nos llevará superar, al estar atada durante largos años a los mismos dogmas y criterios obsoletos. También será imprescindible rectificar errores y conformar, sobre la base de la racionalidad y firmeza de principios, una visión integral de futuro en aras de la preservación y desarrollo del Socialismo en las presentes circunstancias.” <http://cuba.cubadebate.cu/noticias/2011/04/19/texto-integro-del-discurso-de-raul-en-las-conclusiones-del-congreso-del-pcc/>

La disparidad en cuanto al alcance de ambos eventos, la conferencia y el pleno del Partido, es enorme; en un caso se trata de una convocatoria nacional y en el otro de un asunto que –aunque tiene amplio efecto en la sociedad toda- de modo primordial pertenece a la vida interna en la organización partidista. Entonces, y según lo hasta aquí dicho, toda opinión en lo tocante a “expectativas” en verdad apunta hacia valorar el impacto social que pueda tener un evento interno para la vida de una organización política (cosa sobre la cual sólo podremos dar fe al pasar las semanas y los meses) y a la radicalidad con la que sea abordada –más allá de meras “cuestiones de funcionamiento” y esta vez sí durante la Conferencia- la interrelación entre política, ideología y vida espiritual. Otra manera de decir esto es que no hay cómo presentar una “visión integral del futuro” partiendo de la “coyuntura” concreta actual, sin a la misma vez plantearse las más disímiles y complejas preguntas sobre la sociedad contemporánea, la crisis del marxismo, la globalización cultural, los nuevos movimientos anti-sistémicos y decenas de otros temas del presente-futuro. Se trata de un empeño que sólo pueden acometer mentes brillantes y entrenadas: la intelectualidad del Partido.

Dado el escaso peso noticioso del evento, y tomando en cuenta que nos encontramos a poco más de un mes de su inauguración, es adecuado decir que la Conferencia pudo haber ganado en resonancia si todos los medios de comunicación (y, en general, la vida misma del país) hubiesen sido volcados hacia la discusión ciudadana, pública, “nacional” del estilo de trabajo del Partido, así como su papel y lugar en los tiempos que corren; por desgracia, y en lugar de ello, la “anemia informativa” que estamos padeciendo es casi total. Los cubanos, como resulta lógico en un país que fue epicentro de la Guerra Fría y cuyo gran enemigo (abierto o encubierto) han sido durante más de medio siglo los gobiernos de Estados Unidos, somos un conglomerado muy altamente politizado (o, para el gusto de otros, sobrepolitizado). Incluso ahora, cuando una de las consecuencias de la desintegración de lo que conocimos como el “campo socialista” y el duro golpe que significó para la vida espiritual y socio-económica el subsiguiente “período especial”, ha sido el debilitamiento de la ideología, la población todavía continúa expresándose, actuando e imaginando el futuro desde las coordenadas político-ideológicas de ese medio siglo (mejores y peores, beneficio y lastre). Desde este punto de vista, con la garantía de politización en la masa, hubiera sido interesante, muy interesante, escuchar un debate popular acerca de la condición marxista y el mundo presente, el Partido con sus logros y errores, su presencia real y lo que la población desea de éste en la Cuba por venir.

Al señalar esto más bien intento forzar la imaginación para que sintamos el enorme fondo de experiencia política dentro del cual va a tener lugar la venidera Conferencia Nacional del Partido, la tremenda fuerza que estará subyaciendo bajo cada uno de los planteamientos y decisiones finales.

Orlando Márquez: Es un tanto arriesgado comentar sobre las expectativas creadas fuera de Cuba, pues no es algo que esté disponible para consultar. Sin embargo, no es difícil percibir que muchas personas y no pocos gobiernos en el mundo están pendientes de cada paso que se ha dado en Cuba en los últimos cinco años. No es que antes no se dieran pasos, pero desde que se inició aquello que conocemos como “período especial”, hasta entrado el siglo XXI, esos pasos siempre llevaban al mismo punto de partida, como si camináramos en círculo.

Y en los últimos años sí han ocurrido algunas cosas que estimulan la atención. No digo que sean las ideales, sino sucesos que apuntan a otra dirección, incierta aún, pero algo se mueve y se intenta al menos dar respuestas distintas a un viejo problema. A partir de ahí puedo presuponer entonces que sí hay expectativas sobre una reunión partidista que se ha convocado para el próximo año, porque presiento que también hay una especie de suspense sobre el acontecer nacional, pues tanto las reuniones ordinarias de la Asamblea Nacional, como el último congreso del PCC, dejan la sensación de que unas cuantas cosas quedaron pendientes de resolver o definir, y uno está esperando el próximo evento, un nuevo capítulo de la experiencia que vivimos, a ver si finalmente se evidencia lo que se anuncia.

Internamente las expectativas pueden ser mayores, porque se trata de un acontecimiento que afectaría directamente a los cubanos. De todas formas, y aquí sí asumo el riesgo, tengo la impresión de que la convocatoria no ha despertado muchas expectativas en la población en general. Creo que se debe, en primer lugar, a la ansiedad o el desvelo de la vida diaria, que es lo que realmente demanda toda la atención de la gente, para quienes, si la Conferencia del PCC traerá cambios o no, no está en sus manos decidir. La Conferencia será en enero, y entonces sabremos los resultados. En segundo lugar, la convocatoria y el *Documento Base*, no sugieren grandes sorpresas, no provocan, no captan la atención. Pudiera ser también un modo de evitar estremecimientos anticipados.

Ovidio D'Angelo: De hecho, las primeras expectativas se crean cuando se anuncian las propuestas de Lineamientos sobre la actualización del Modelo Económico, a discutir en el Congreso del Partido. En las propias asambleas de consulta a los sectores de la población se expresaron inquietudes e inconformidades con que el Congreso se dedicara solo a las cuestiones económicas.

Si bien en el Informe Central y el discurso de clausura el primer secretario Raúl Castro se planteó que del nuevo modelo económico se derivaban aspectos sociales, jurídicos, etc., que se tendrían en cuenta, lo cierto es que otros temas de carácter propiamente relacionado con el funcionamiento social y político de la sociedad quedaron en el aire.

Los propios Lineamientos, desligados de una visión amplia del tipo de sociedad que necesitaríamos en estos tiempos, traerían múltiples reacciones desde diferentes ángulos; unas positivas, dadas las cuotas de flexibilización de las formas de propiedad y mayores libertades económicas individuales, los mayores grados de descentralización y autonomía empresarial y municipal aludidos, etc.; otras reacciones, críticas, en tanto se reafirmaron cuotas de poder estatal –y gerencial- elevadas y no se abordó el tema de las formas de participación democrática de la población en las decisiones fundamentales y en las cotidianas del mundo económico-social-político.

Así, se creó la expectativa de que muchos de los asuntos pendientes se tratarían en la Conferencia del Partido, de enero del 2012. Algunas cuestiones abordadas durante el Congreso y después, como el tema del cambio de mentalidad, la lucha contra la corrupción, la separación de funciones entre Estado y Partido en diferentes niveles, etc., favorecieron estas expectativas, probablemente no sólo en el plano nacional, sino en los foros internacionales.

Incluso, la referencia explícita del primer secretario electo, en el discurso de clausura del 19 de abril de 2011, a que, en la Conferencia: “será imprescindible rectificar errores y conformar, sobre la base de la racionalidad y firmeza de principios, una **visión integral de futuro en aras de la preservación y desarrollo del Socialismo** en las presentes circunstancias”, creo que contribuyó a que se mantuviera una cuota alta de expectativa en los contenidos que se tratarán en el cónclave.

Sin embargo, a contravía de la interpretación posible sobre la cuestión afirmada, tanto en los propios discursos como en el Acuerdo del VI Congreso sobre la Conferencia del PCC, se plantea claramente que el propósito es: “actualizar los métodos y estilo de trabajo, estructuras y política de cuadros del Partido, así como evaluar y fijar conceptos e ideas básicas para modificar los Estatutos y otros documentos normativos internos..., sus vínculos y relaciones con la UJC y las organizaciones de masas”...etc.

De manera que el Proyecto del *Documento Base* de la Conferencia se centra en cuestiones del trabajo interno del Partido y sus relaciones con las organizaciones juveniles y de masas.

Con ello –por muy legítimo que sea para una organización política, sea cual fuere, analizar y modificar sus métodos y relaciones con otras organizaciones-, la Conferencia se limita a sus funciones internas y de relación y deja fuera del enfoque –muy necesario, por demás- los grandes temas políticos y sociales que ayudarían a definir la **visión integral de futuro del país**, de alguna manera anunciada y que estaba en la expectativa de grandes sectores de la población.

Alexis Pestano: Según el conocido artículo quinto de la Constitución vigente en Cuba desde 1976, el Partido Comunista de Cuba (PCC) es la fuerza política superior y regente de la sociedad. Esto implica que, con independencia de las valoraciones posibles y de las existentes sobre la validez de tal precepto constitucional, o sobre la misma Carta Magna que lo admite, las decisiones tomadas o por tomar en esta entidad política tienen relevancia e impacto directo sobre toda la sociedad cubana. A partir de aquí, es inevitable que, tanto el pasado VI Congreso como la futura Conferencia Nacional, hayan generado, y aun generen, una amplia gama de expectativas y consideraciones, dentro y fuera de Cuba.

En un esfuerzo de síntesis de las tendencias principales, tanto dentro de Cuba como en el exterior, es posible identificar diversas valoraciones. En primer lugar, las expectativas generadas en los sectores de pensamiento cercanos a las interpretaciones más tradicionales y ortodoxas del marxismo estalinista oficial. Para esta visión, de donde nace precisamente el *Documento Base* de la futura Conferencia Nacional del PCC, ésta aportaría los fundamentos ideológicos para las transformaciones sancionadas en el VI Congreso, orientadas ambas a encontrar las vías posibles para mantener lo que entienden como el poder revolucionario, y como la única garantía de salvación nacional. Más allá de las intenciones que escapan siempre a la posibilidad de análisis serio, aun en esta visión más tradicional se esperan, y se necesitan, cambios en el funcionamiento del PCC para permitirle que sea, de hecho, lo que pretende ser: el partido político único, la vanguardia política nacional. En efecto, aun sin confesarlo de forma abierta, es evidente el interés en retomar la fuerza del PCC en la toma de decisiones, en el funcionamiento de sus estructuras internas, en el papel que le otorga el mismo texto constitucional, todo lo cual había sido opacado por un estilo de gobierno personalista y caudillista, que violentaba los mecanismos propios de la burocracia partidista. Estos sectores ven con urgencia la necesidad de re-institucionalizar el Partido, y en ellos se concentran las principales expectativas para la futura Conferencia Nacional.

Por otra parte, se evidencia igualmente la existencia de un sector de pensamiento joven, caracterizado por una intelectualidad que, si bien mantiene su compromiso con una ideología de izquierda, es partidaria de una profunda reforma en los contenidos del socialismo. Desde esta perspectiva, el socialismo en Cuba ha sufrido un proceso esclerótico en el poder, debido al imperio del burocratismo y de la no comprensión de la dinámica dialéctica del devenir histórico. Para esa intelectualidad, resulta necesario entonces retomar el impulso revolucionario perdido y radicalizarlo según las exigencias de la sociedad actual. Para esta nueva izquierda en Cuba, que en muchos aspectos ya no se siente identificada con la generación histórica de 1959, ni con la forma en que han sido interpretados a nivel oficial los contenidos mismos de la ideología revolucionaria, el venidero encuentro partidista podría representar una excelente oportunidad de iniciar, en verdad, un camino de reformas en el Partido, en el sentido de ampliar sus mecanismos de participación democrática.

Por su parte, los representantes de las principales organizaciones de la oposición política, oficialmente ilegales, han manifestado poco interés en los resultados de la próxima Conferencia Nacional del PCC, la que consideran una maniobra estratégica del poder para conservar, mientras sea posible, sus estructuras represivas.

Por último, una amplia gama de analistas vinculados a organizaciones de la sociedad civil, la prensa y pueblo en general, mira a esta próxima Conferencia con la esperanza, más o menos consciente, con mayor o menor grado de análisis, de que se encuentren vías de solución a los serios problemas por los que atraviesa el país. Será un evento, por tanto, que tendrá lugar precedido de una gran expectativa general.

Ariel Dacal: Para responder esta pregunta me baso, fundamentalmente, en mis expectativas y en cómo percibo desde mi entorno más cercano las apreciaciones sobre la Conferencia Nacional del Partido.

La primera expectativa se fundamenta en cómo la Conferencia dará continuidad a las discusiones abiertas en el proceso de los Lineamientos de la política económica y social del partido y de la revolución, el cual dejó para “después” el necesario y complementario análisis del ordenamiento político en el cual se han de cumplir las modificaciones estructurales de la economía.

En buena hora llega la Conferencia, pues el problema de Cuba no es esencialmente económico, sino de ordenamiento social para producir la vida material y espiritual de las cubanas y los cubanos. El problema de Cuba está en cómo estructurar nuestras dinámicas culturales, sociales, políticas y económicas con miras a la realización del proyecto revolucionario de contenido ético, dignificante en la diversidad, liberador, justo, preservador de la naturaleza, de independencia nacional con signo antiimperialista y de horizonte socialista de gobierno popular.

No soy miembro del Partido, pero milito entre quienes Cuba les importa desde un diálogo crítico y comprometido con el proyecto histórico de la revolución. Hago esta acotación porque las expectativas en torno a la Conferencia no escapan a la multiplicidad de enfoques desde los que se lee y se proyecta la realidad cubana. Si un consenso sobre la Isla es amplio, dentro y fuera, es que las estructuras políticas, económicas y culturales deben cambiar. Sin embargo, en los **hacia dónde** y en los **cómo** las bifurcaciones son de contenidos múltiples. Por tanto, con el fin de lograr mayor precisión en mis comentarios, se me hace necesario entonces preguntarle a esta pregunta: ¿qué expectativa...respecto a qué fin? En el entendido que la Conferencia es un medio y no un fin en si mismo, mis expectativas más concretas se sitúan en cuánto se acercará la discusión partidista a la Cuba que quiero.

Lenier González: La llegada de Raúl Castro a la jefatura del gobierno marca el inicio de una nueva etapa en la historia de Cuba. La salida del poder de ex-presidente Fidel Castro, (cuyo liderazgo carismático constituía el centro del consenso insular); el acceso masivo de la ciudadanía a las nuevas tecnologías de reproducción digital (que ha propiciado una democratización sin precedentes del acceso a la información en los espacios urbanos y sus periferias); el surgimiento y ascenso de nuevos sujetos sociales y políticos; y la crisis estructural del modelo de socialismo de Estado, han colocado al gobierno cubano ante un escenario sociopolítico cualitativamente diferente.

La cabal comprensión de los anhelos de la Cuba real -compleja, diversa, poliédrica- y la consiguiente capacidad de desatar un quehacer político renovado a tono con los anhelos de la sociedad cubana, constituyen el más grande desafío actual del gobierno cubano. Un desafío que desborda el imperativo de “actualizar” el modelo económico y que se proyecta sobre la urgente necesidad de consensuar un nuevo “proyecto de país”, con lo que ello implica en materia de diálogo social, reforma institucional y ensanchamiento de las libertades individuales. La celebración de la Conferencia Nacional del PCC constituye la última oportunidad para la generación histórica de la Revolución cubana de acometer reformas profundas y duraderas en este sentido. Es por ello que todos los ojos se fijan ahora en dicho evento partidista.

Resulta muy complejo en la actualidad poder realizar un resumen preciso de los anhelos de la ciudadanía ante la Conferencia del PCC. Complejo porque no existen en Cuba mecanismos ciudadanos para poder cuantificar, mediante encuestas o foros públicos, dichos anhelos y aspiraciones. A ello habría que sumar el hecho de que la sociedad cubana ha ido volviéndose muy compleja y diversa. En tal sentido, podríamos aventurarnos a pensar, de forma muy esquemática, en dos niveles de estructuración de dichas aspiraciones: 1) los de la ciudadanía “de a pie” y 2) la de grupos y actores sociales con una elaboración política más sofisticada de esos anhelos, dentro y fuera de Cuba.

La ciudadanía, cansada de una larga crisis que dura ya más de 20 años y que ha constreñido, de forma significativa, el apoyo incondicional de sectores nacionales al gobierno cubano, aspira a una mejora sustancial de su vida material y espiritual. Este ciudadano promedio, producto de una mezcla de despolitización, hastío existencial y por la incapacidad estructural del aparato ideológico del PCC (y su sistema de medios de comunicación) de lograr estructurar un frente simbólico que permita “vender en

grande” el proyecto de reformas del presidente Raúl Castro, no tiene un interés especial por la próxima celebración de la Conferencia del PCC.

Es en el segundo grupo, compuesto por actores focalizados en la sociedad civil, donde podemos apreciar un intenso dinamismo en la circulación de ideas. Gracias a las nuevas tecnologías de reproducción digital estos sectores han logrado articular acotadas esferas públicas para el debate. Vía correo electrónico e Internet miles de ciudadanos, principalmente en las ciudades, han podido acceder a propuestas políticas y debates sobre la realidad nacional, al margen de los circuitos oficiales de circulación de ideas. Esta amalgama de boletines, blogs, webs, revistas, plataformas para reproducción de videos, simples correos electrónicos entre grupos de amigos, etc., constituyen un verdadero laboratorio político donde se cocina el futuro de Cuba. Además, y lo que es muy importante, han visibilizado la existencia en la Isla de un arco político e ideológico plural –de derecha a izquierda-, típico de cualquier país occidental.

Entre estos sectores pensantes existe un consenso claro sobre la necesidad de sustituir el modelo de socialismo de Estado que rige el país. Desde este punto de convergencia de todas las agendas cubanas, cual Big Bang criollo, se irradia una amalgama impresionante de propuestas políticas sobre el “deber ser” de Cuba. Todos estos sectores ponen su mirada en la Conferencia del PCC pensando en el tema más rezagado en la agenda del presidente Raúl Castro: la democratización del sistema político. Muy pronto sabremos si este anhelo profundo de importantes sectores de la nación cubana será abordado con responsabilidad por las actuales autoridades del país o, en cambio, deberá ser postergado para luego ser acometido, inexorablemente, por futuras generaciones de cubanos. Es esta la principal expectativa en torno al evento partidista de 2012, y a su vez, el mayor desafío del gobierno del presidente Raúl Castro.

2. ¿Cuáles serían los principales desafíos que tendría que asumir el PCC?

Víctor Fowler: A mi entender ningún desafío es más grande que el de aceptar –finalmente y en toda la extensión de sus múltiples derivaciones- la inexistencia del mundo socialista tal y como este se desarrolló a lo largo del siglo XX. Tal cosa, en mi opinión, conduciría a un replanteamiento radical del ser y deber del PCC, tanto de modo teórico como práctico; o sea, en lo que corresponde a su papel de productor de ideas e interpretaciones sobre el mundo presente, la historia vivida y el futuro, como en cuanto a su función de promulgador y controlador de guías de acción para el presente-futuro. Creo que es algo más sencillo de enunciar que de entender, aceptar y menos aún asimilar –en toda su expresión- la enorme variedad de sus consecuencias; en cuanto a estas últimas, aunque serían muchas más, vale la pena precisar algunas: la adopción de un nuevo lenguaje y nuevas estrategias de comunicación, la lucha permanente en contra de la tentación del autoritarismo, la reconstrucción de alianzas, la búsqueda de diálogo con nuevos actores sociales, la identificación de temas y problemas del siglo XXI, la promoción del entretenimiento como un valor fundamental de la vida, etc.

Curiosamente, en una torsión de la Historia por entero imprevisible cuando la Revolución quedó identificada como de inspiración marxista, tocó a Cuba ser uno de los poquísimos países que en el mundo de hoy apuesta por la idea socialista; desde tal ángulo ello comporta una carga inmensa (que incluye desde el fracaso de los socialismos en Europa del Este hasta los crímenes del stalinismo) a la misma vez que una inmensa posibilidad creativa. Recuerdo que cuando tuvo lugar la llamada “caída del Muro de Berlín” un titular de periódico encabezaba la entrevista a un conocido marxista con el siguiente fragmento tomado de alguna respuesta: “el marxismo ya no es un horizonte deseable”. Lo interesante de esto es que la pérdida de credibilidad del marxismo y de la idea de revolución como horizonte utópico de la emancipación (cosa que se ha convertido en un tópico mediático, académico y político) no ha sido suficiente para esconder un descalabro peor: la creciente pérdida de credibilidad del capitalismo y, en atención a ello, la desustanciación ideológica del sistema. Si nos apropiamos de una célebre frase de Churchill para afirmar que “puede que el capitalismo sea una basura, el problema es que no tenemos nada mejor”, queda inaugurado un paisaje de desigualdad y explotación infinitas; por

muchas vueltas que se le dé a los argumentos, ésa es la esencia del sistema y éste no “sabe” qué otra cosa hacer ni podrá aprender nunca a ser igualitario. La convocatoria al consumo, la ideologización del goce y la alegría compulsiva quedan entonces expuestas como el reverso neurótico de la grisura y la inseguridad central.

Desde el punto de vista cultural lo anterior equivaldría a imaginar la posibilidad de emprender el camino en dirección a la recuperación del socialismo como horizonte deseable de la vida humana, más resulta un movimiento que sólo es imaginable siempre que antes sea rota la ecuación (mediática, política, académica y de simple sentido común) que identifica el socialismo con el autoritarismo, con un modo “partidistamente estructurado” de la violencia de Estado, con la incapacidad para el manejo de la economía, con la existencia de una sociedad civil débil y políticamente dócil, con la fealdad del entorno, el aburrimiento y la ausencia de alegría o, a manera de resumen, esperanza. Los desafíos a los que se enfrenta el PCC son tan grandes que bordean la desmesura y hacen de las batallas por venir un escenario socio-político y cultural aterrador (por sus dimensiones) y fascinante (por la convulsión posible en un re-nacimiento de la idea de “revolución”, ahora en otra escala); piénsese en lo que significa conducir, a la misma vez: una reestructuración económica según la cual debe ser rápidamente “construida” una zona de producción y servicios de carácter privado en la economía; propiciar la anterior reestructuración no sólo sin destruir, sino más bien cuidando (“purificando”, rehaciendo sobre bases de racionalidad científica) la porción estatal de la economía; a ello se agregan los problemas y conflictos ideológico-culturales antes aludidos; la necesidad de una reforma migratoria profunda (que sería la otra cara complementaria del proceso de cambios en la economía) y, en modo alguno en último lugar, la necesidad de abrir, profundizar, multiplicar, estimular, cuidar el ejercicio de la crítica socialista en el país.

Claro que los elementos esbozados tan sólo son posibilidades técnicas, opciones latentes que pueden o no ser activadas; a fin de cuentas, la elección e implementación de una política es cosa de seres humanos, con sus virtudes y limitaciones. Habrá que ver cuáles fuerzas y proyectos priman. O sea, todos los puntos esbozados hasta aquí son desafíos teóricos (casi diría de identidad y cosmovisión), pero antes existe un desafío pragmático que, como mejor lo expreso, es diciendo que sería trágico si los asistentes a la Conferencia olvidaran que la tarea de repensarse a sí mismos sobre bases racionales sólo puede ser cumplimentada a través de la comprensión del ser humano en el mundo. En este punto no es ocioso recordar que lo pertinente al estilo es el pasto habitual de las burocracias y todo tipo de oportunistas políticos, para los cuales la supervivencia depende de que las renovaciones, en lugar de sacudir la raíz, terminen siendo sólo cambios cosméticos en el nivel del aparato formal; la presencia de este peligro, de las grandes frases sin calado, es una regularidad de las crisis y para su conjura no basta con la buena voluntad de quienes impulsen el proceso de renovación, sino que tiene que ser enfrentado de modo programático y directo.

La discusión de los *Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución* terminó convocando al país a un cambio (o actualización) de orden económico y la primera Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba llama a que esta organización emprenda un proceso de renovación de sus prácticas políticas; habiendo llegado a este punto, y exactamente por la promesa de cambio que ambas convocatorias contienen, llama la atención la ausencia de diálogo alrededor de ese tercer orden de la vida que es la dimensión cultural (donde lo mismo estarían incluidas la educación que la ideología, las religiosidades o, en general, la vida espiritual). Un escritor a quien admiro, Jorge Luis Borges, dijo más o menos lo siguiente: “cada acto tiene su lugar en el orden del Universo”. Me parece que intentaba avisarnos que cada acto, lo mismo en su presencia que en su ausencia, tiene una historia y es –a su vez– símbolo de algo; en nuestro caso, después de adentrarnos en lo más duro del “período especial”, con heridas que todavía lamemos hoy, repensar lo cultural desata una cadena de preguntas que no sólo es inevitable, sino que se ha mantenido reprimida durante años: ¿quiénes somos, qué nos ha sucedido, a qué podemos aspirar, qué sueños hemos conservado y cuáles

murieron, qué podemos transformar aún, cuál es el estado del mundo, cómo aprenden nuestros hijos y qué legado dejarles, qué cambios ha vivido la sociedad cubana en estas últimas dos décadas y cuáles son sus efectos, cuáles son hoy los ideales que para el futuro se traza un joven, cuál es el impacto de la crisis y de la nueva economía en aquellas actitudes que (como la solidaridad) el socialismo consideró virtudes públicas, cómo pudieran ser nuestras vidas más bellas y más alegres?

Apenas cito mínimos botones de muestra, pues es virtualmente infinita la lista de todas las zonas de experiencia humana que no pueden ser analizadas dentro de las esferas de acción política y económica, ya que las desbordan a ambas; no sólo estamos llenos de dudas y preocupaciones que van más allá del funcionamiento de la economía y de los mecanismos internos de la organización partidista, sino que tal vez sea en el vasto terreno de “lo cultural” donde habiten las incomodidades, dudas, peligros, incertidumbres y miedos más profundos. Recordar que la Revolución es un hecho esencialmente cultural resulta una perogrullada; recordar que hemos sufrido daño e intentar revolucionar la dimensión cultural de nuestras vidas es, según mi juicio, una necesidad (que antes pasa por la discusión abierta) y un desafío monumental. Si se piensa con cuidado se verá que pensar el socialismo en una temporalidad post-marxista y preguntar por lo cultural en nuestro presente son dos caras de la misma medalla.

Orlando Márquez: Quienes mejor pueden responder a esto son los comunistas cubanos, o los miembros del PCC. Pero aunque mis desafíos no son los del PCC, las decisiones que se toman en su dirección me afectan tremendamente, como a todos los ciudadanos de este país que son, en su mayoría, no comunistas. El país vive un momento muy singular de su historia, decisivo diría yo, pues las decisiones de hoy, las acciones y las contracciones, las aperturas y los cierres, tendrán consecuencias no solo a corto, sino también a mediano plazo, al menos. No sé si todos los miembros del PCC lo ven de ese modo, tampoco sé qué por ciento de la población lo percibe, no porque sea incapaz de otear el contexto, sino porque está demasiado absorta en la sobrevivencia diaria.

Tengo la impresión, más bien el convencimiento, de que el presidente Raúl Castro comprende cabalmente la singular situación que vivimos, a juzgar por su discurso y algunas leyes que ha sancionado en correspondencia con ese discurso, y esta es la razón por la cual se manifiesta empeñado en adelantar la “actualización” del modelo económico cubano, e insistir en que todo intento por detenerlo es inútil. Es bueno oír eso, pero esta afirmación por sí sola no elimina esos esfuerzos por detenerlo.

Cuba necesita desesperadamente esas grandes reformas económicas, pero no sé si el PCC, como grupo que dirige la sociedad cubana, según la Constitución vigente, está en sintonía con el momento que vivimos. Lo digo con absoluto respeto pero con sinceridad, y consciente de que no pocos miembros del PCC lo comprenden igualmente, pues he hablado con algunos de ellos. Cuando dudo de esa “sintonía”, me refiero a aquellos que tienen también capacidad de decidir e incidir en la vida nacional, que están en todos los niveles y tienen otras preocupaciones o intereses, a quienes de un modo más o menos acertado agrupamos como burócratas. Pero el dilema de los partidos comunistas del este de Europa, en particular del de la desaparecida Unión Soviética, fue su incapacidad de adaptar o acomodar, las decisiones políticas a las necesidades económicas. Cuando Nikita Kruschov sucedió a Stalin y quiso hacer reformas económicas en los años 60 para modernizar y poner el país en sintonía con el mundo, comprendió que era necesario traspasar a entidades del gobierno atribuciones que eran exclusivas del Partido que él mismo dirigía, como las de formular y poner en práctica los planes económicos, o sea quiso subordinar los postulados ideológicos a las urgencias económicas, pero quienes vieron peligrar la integridad del modelo “Estado-Partido”, y por tanto sus beneficios como clase dirigente en la Unión Soviética, desplazaron a Kruschov, lo acusaron de traidor, tomaron el control y prefirieron continuar con la subordinación del Estado y el Gobierno al Partido, y someter la economía al centralismo partidista, aunque suspender las reformas económicas significara no ponerse

al día, lo cual, a la postre, condujo a la incapacidad competitiva y a la desaparición del sistema soviético.

Algo similar ocurrió después con Gorbachov. Gorbachov tuvo que enfrentar también una crisis, la misma que se engavetó con Kruschov y llegó a él amplificada, pero además tenía que dar –y no pudo o no supo– una respuesta adecuada al problema étnico o de las nacionalidades que componían la URSS; en realidad quiso modernizar el sistema, pero enfrentó en cierto modo el mismo dilema: reforma económica y modernización de las repúblicas, pero con subordinación al poder político en Moscú. No pudo ser.

Quizás –y enfatizo el quizás– la razón de todo aquel centralismo del PCUS estaba en el propósito de mantener a las naciones no rusas subordinadas al poder ruso representado en Moscú, pues eso fue establecido en época de Lenin, quien a su vez traspasó a la Unión Soviética el espíritu imperial de la antigua Rusia. Si esto fuera cierto –es un criterio personal–, entonces el origen del centralismo en el PCUS tenía un propósito muy propio de aquella realidad, pero todos los demás países socialistas copiaron el mismo patrón partidista, incluida Cuba, aunque no tuviéramos otras nacionalidades que subordinar a un poder central. La afirmación de que “se copió” sin distinción salió de las mismas esferas del Gobierno y el Partido en Cuba.

Creo que las reformas económicas en Cuba, o la actualización del modelo, avanzarán hasta un punto y se detendrán hasta tanto no se resuelva esta cuestión política. Quizás sea esto lo que ocurre en la actualidad. No hablo de capitalismo contra socialismo, porque por ahí no llegamos a ningún lado. Es necesario apreciar y potenciar lo que funciona, sea una experiencia socialista o capitalista. En medio de las limitaciones y carencias que vivimos, imaginemos cómo sería si nos aisláramos verdaderamente del capitalismo. Ni turismo, ni automóviles, ni tiendas en divisa ni el programa “Pasaje a lo desconocido”. Estamos aprovechando algunas cosas buenas del capitalismo, aquellas que funcionan, y eso está bien. Pero debemos preguntarnos de una vez cuáles son las del “socialismo” que no funcionan y eliminarlas; aunque creo que sí se sabe lo que no funciona, algunas han empezado a ser removidas, pero quedan muchas, pues su origen es ideológico.

Pienso que esto fue lo que se plantearon los gobernantes chinos cuando decidieron abrir las puertas de su Partido Comunista a los nuevos empresarios capitalistas. Bueno, entiendo que puede ser cuestionado si debe llamarse “comunista” un partido con miembros que son capitalistas y millonarios, en eso no me meto, pero al menos intentaron dar una respuesta propia a una necesidad real que no quisieron desconocer y que les ayudaba a colocarse en la posición que hoy tienen en el mundo. No sé cuál será la respuesta de los comunistas cubanos a la cambiante situación que vivimos, y a nuestra realidad. La época que vivimos nos repite constantemente que no hay respuesta predeterminada, y que, en asuntos económicos y políticos, lo mejor es tener una gran dosis de flexibilidad para adaptarse a un mundo totalmente nuevo donde los dogmas políticos no tienen ya cabida. Así, en este sentido, una vez más se presenta el dilema: ¿Qué es primero, la persona o la ideología?, ¿la economía familiar y nacional o los estatutos del Partido?, ¿el Partido o el Gobierno?, ¿la descentralización o el centralismo controlador? Creo que ahí puede haber un desafío, y sería honesto responder a esto.

Ovidio D’Angelo: Afrontar cierto estado de decepción en la población, más o menos generalizado – y visible en una actitud de desinterés y apatía hacia la realización de la Conferencia-, producto de la frustración de las expectativas anteriormente señaladas, en un momento crucial para el planteo de las perspectivas actuales y futuras del país, constituye un obstáculo importante y no fácil de sortear sin un cambio de enfoque radical.

El PCC se considera en el *Documento Base* de la Conferencia como “Partido único de la nación cubana...; su misión principal, la de unir a todos los patriotas y sumarlos a los intereses supremos de la construcción del Socialismo”.

Este sólo planteamiento, que confirma resoluciones de congresos anteriores, resulta problemático desde diversos ángulos y se enfrenta a varios dilemas.

Primero, porque para lograr la unidad de sus bases sobre una concepción política general común, ésta debiera ser sometida a análisis profundos y reconstruida sobre bases actuales, cuestión que es planteada desde diversos sectores del propio Partido. Aquella declarada **visión integral de futuro** a lograr, hoy no está nada clara, ni porque se haya realizado una lectura crítica necesaria del “socialismo real europeo”, ni porque se haya contado con información suficiente y el debate imprescindible sobre los modelos de socialismo hoy proclamados en diferentes regiones del planeta y sobre las experiencias históricas en diversas sociedades.

No es posible asumir una concepción general común por la militancia si esta no ha sido elaborada en las propias bases del Partido, a menos que se basara en la fe y la confianza acrítica y sin límites en la propuesta de la Dirección –algo bastante peligroso, como da cuenta la historia de nuestros propios errores y de otros países.

Segundo, porque si aspirara a ser el Partido que una a todos los patriotas en una causa común, tendría que contar con el debate público popular y de diversos sectores de pensamiento que también se consideren patriotas verdaderos. Esta cuestión está impedida por la limitación a la expresión de pensamiento e ideas de sectores de la población, en nuestros propios medios de comunicación social, así como de los espacios asociativos, prácticamente inexistentes, para lograr conformar agendas de ideas –aun desde posiciones propiamente inspiradas en modelos de socialismo posibles, para no hablar de otras posiciones que también pudieran ser aportadoras en diversos sentidos–.

Por otra parte, las nociones del carácter del Estado socialista –centralizado y con una forma de propiedad única estatal- y el papel dirigente de la sociedad del Partido Comunista –con subordinación a su dirección, del Estado, las organizaciones sociales y, prácticamente, toda la vida de la sociedad-, entre otras, han sido ideas que funcionaron en determinados contextos históricos y quedaron naturalizadas y pendientes de reevaluación; fueron asimiladas como verdades absolutas, aplicables a todas las sociedades que asumieran los ideales socialistas.

Hoy, con la experiencia histórica, el nivel de madurez intelectual de la población, etc., el rol de una ciudadanía democrática pasa a primer lugar, por sobre el papel absolutizador del Estado y de otras instancias de poder, sin negarlas, pero construyéndolas desde abajo.

En este sentido, necesitamos reelaborar toda la teoría política. El socialismo, si rescatamos sus orígenes fundantes, no tiene que ser el esquema aplicado en otras circunstancias o por otras direcciones políticas.

El nuevo modelo de sociedad debería rescatar lo positivo y humano del socialismo original y las aportaciones de todas las corrientes de pensamiento. Ni sacralizar ni satanizar, sino construir un modelo armónico donde todas las libertades se garanticen y no se opongan a los intereses populares y nacionales.

Pero esta **nueva sociedad** requiere un debate profundo, una concertación amplia, no las decisiones de un grupo de iluminados o representantes, sino de las masas populares acompañadas por los grupos de pensamiento.

Se requiere, por tanto, profundizar y rescatar los fundamentos fuertes, en sentido armónico y socializador, humanista, de los planteamientos económicos de los Lineamientos, para convertirlos en Programa de la Nueva Sociedad, con lo que tendría que considerar todos los aspectos necesarios:

- Visión de país y de desarrollo social
- Mecanismos, garantías y contenidos jurídicos y constitucionales nuevos y efectivos.
- Opción clara y definida por la elevación de las condiciones de vida material de la población.
- Mecanismos, garantías y contenidos jurídicos y constitucionales nuevos y efectivos, que afirmen la soberanía del pueblo y la dignidad de las personas frente a mecanismos de opresión burocrática.

-Papel de las formas de propiedad y reducción del Estado con beneficio de la autogestión y cogestión social.

-Visión de Estado y democracia real popular y sus mecanismos efectivos

-Relaciones entre Estado-Partido

-Papel renovado y más ajustado del Partido en la sociedad, en articulación con movimientos sociales por el desarrollo económico y social.

-Asociatividad y espacios de debate para todos los movimientos de ideas con el fin de aportar a la Nueva Sociedad.

-Nuevo papel de los medios masivos, abiertos al debate, a la contribución popular y a las diversas ideas.

-Debate sobre principios teóricos de la Nueva Sociedad posible, retomando las fuentes originarias del socialismo y otras contribuciones humanistas, libertarias y de contenido social.

-Un largo etcétera.....

Si el Partido Único ha de seguir existiendo por un tiempo, deberá ser sobre la base de su democratización interna, abrirse al debate de posiciones y construcciones e ideas, a la legitimización de las corrientes de opinión en su interior y a una participación masiva abierta. La unidad no hay otra forma de construirla que sobre la diversidad y el respeto a sus espacios; de lo contrario, continuaremos asistiendo a toda suerte de maniobras de simulación e imposición contra las que la prédica, e incluso su persecución, serán estériles.

Dejo pendiente una pregunta más preocupante y difícil: ¿Cómo se concebiría el papel dirigente del PCC, sobre el Estado, todas las organizaciones sociales y el conjunto de la sociedad -legitimado en el artículo 5 de la Constitución de la República y en la práctica real-, en relación con la proclamación, también legitimada, de que “la soberanía descansa en el pueblo”, si el Partido y su dirección, a todos los niveles, no son elegidos por el pueblo?

También aquí valdrían otras interrogantes acerca del papel de las comisiones de candidatura a todos los niveles del Partido y del Estado y el carácter de los procesos electorarios, las bases de elección de los delegados, su poder real y el de las instituciones de gobierno, etc.

¿Y en qué quedaría la posible democracia ciudadana real y efectiva si no se le confiere a la población funciones de gestión y control sobre las decisiones fundamentales y la actividad de gobierno de los dirigentes del país, a todos los niveles, en los campos de la economía, los presupuestos y finanzas, planes económicos y sociales, etc.?

Alexis Pestano: Ciertos elementos de la respuesta a esta pregunta han sido ya abordados en la anterior, ya que en gran medida los desafíos a enfrentar por el PCC en su próxima Conferencia Nacional responden a las expectativas generadas durante su convocatoria. De hecho, existirían tantos retos a cumplir como tantas interpretaciones existiesen sobre las funciones y misiones del PCC dentro de la sociedad cubana, y estas últimas manifiestan una amplia diversidad, como ya ha sido indicado. No obstante -y con independencia de cómo pueda ser valorado este hecho- resulta interesante concentrar la mirada en los desafíos a asumir por el PCC en tanto la única organización partidista reconocida oficialmente por la institucionalidad política vigente en Cuba, y más aún, en el carácter rector que ésta le otorga.

Primero que todo, ante el PCC se abre el desafío de intentar ser, de hecho, aquello que proclama ser: la vanguardia política de la nación cubana, un proceso que comporta recuperar la libertad en el funcionamiento de sus estructuras y el peso de sus decisiones, conculcados ambos durante el largo período de gobierno personalizado y caudillista promovido por Fidel Castro.

Es este un tema que requiere un detallado análisis sobre los orígenes y las características de la ideología revolucionaria en Cuba, que supera los límites y los intereses del presente dossier, pero un acercamiento veloz al mismo permite identificar la clara contradicción existente entre el lugar otorgado

por la teoría marxista al partido como vanguardia organizada de la clase obrera, y, por tanto, dirigente del proceso de transformaciones políticas; y la manera en que se ha ejercido el liderazgo en la praxis revolucionaria desde 1959. El líder (la personalidad en la historia) es para el marxismo un factor catalizador, que logra encauzar voluntades y esfuerzos en pro del progreso histórico, pero que en esencia no se distingue de la colectividad a quien pertenece y por la cual existe. En la ideología revolucionaria cubana, sin embargo, el líder se reviste de atributos tan excepcionales que lo hacen ontológicamente distinto, tanto de la vanguardia que preside como del pueblo a quien guía. En el líder se encarna la Revolución, y la Revolución es la esencia misma de la Patria; el líder es, en consecuencia, la Patria, la Nación misma; su voluntad, es la voluntad general. El líder marxista es una pieza de peso en una compleja maquinaria que lo contiene y supera, el líder revolucionario cubano es un padre; el primero convoca a sus pares y comparte con ellos el camino encontrado, el segundo cobija e impone obediencia filial.

Basta recordar aquella consigna de los primeros años revolucionarios en Cuba, “si Fidel es comunista que me pongan en la lista”, para apreciar cómo todo el aparente consenso ideológico nacional descansaba en el seguimiento incondicional al caudillo, en el cual se depositaban todas las esperanzas. El posterior intento de institucionalizar el ejercicio del poder político, al crearse el nuevo PCC en 1965, y las nuevas estructuras del Estado y el Gobierno en 1976, no implicó un cambio real en la relación entre la Revolución y su liderazgo, a pesar de las diferentes tentativas al respecto. Los fundamentos de tipo místico del poder revolucionario en Cuba, explicados y comparados con iluminado fervor “al sol del mundo moral” por Cintio Vitier en su obra homónima, manifestados ya sin reservas en el reajuste ideológico de los años 90, dejaron poco espacio de impacto real al accionar de las estructuras partidistas donde, en teoría, se encontraba la vanguardia revolucionaria.

En las nuevas circunstancias del país, cuando en principio se despliegan nuevas oportunidades para la reforma del ejercicio del poder revolucionario, se abre el camino para que el PCC recupere el normal funcionamiento de sus estructuras, y ocupe el lugar que proclama tener en la sociedad. Esto implicaría redimensionar radicalmente la importancia de las instituciones en la vida pública nacional, un primer paso hacia la normalidad política que resultaría muy positivo para el país en toda su diversidad.

Fortalecido en su institucionalidad, el PCC tendría un segundo reto en la revisión de la calidad de sus estructuras y de la relación entre las mismas, en el sentido de determinar el alcance real del centralismo democrático defendido como uno de los principios organizativos fundamentales. Sería oportuno, por ejemplo, superar la mirada reducida que ha condicionado una aplicación limitada y oportunista del mencionado concepto. Centralismo democrático debería implicar la existencia de un centro común, compartido, representado por un conjunto de concepciones generales compartidas (por esta razón se trata de un partido político), pero con el cual se debiera poder comulgar desde las más diversas posibilidades interpretativas, armonizadas de forma sinfónica y no monódica, en estructuras subsidiarias y no sólo verticales. De esta forma el PCC pudiera ofrecer verdaderos espacios de debate democrático al interior de sus filas, que capacitarían adecuadamente a los militantes para asumir su pretendida misión de vanguardia en una sociedad cada vez más plural.

Una vez las estructuras partidistas liberadas de la instrumentalización de un absoluto liderazgo revolucionario, y fortalecidas con una práctica más participativa y democrática, el PCC estaría en condiciones apropiadas para atreverse a observar con detenimiento la sociedad que dice representar para evaluar la vigencia real de la relación que con ella se ha autoimpuesto. Tendría entonces la madurez necesaria, en la libertad, para apreciar ante sí la amplia gama de pluralidades que caracterizan a la Cuba actual. Una diversidad que reclama espacios para hacer escuchar su voz, para ser tenida en cuenta, y que no necesita, en tanto adulta, una forzada línea rectora que no sea aquella de la aceptación mutua en aras del desarrollo colectivo.

Un PCC saneado de falsos mesianismos podría entender su misión como cumplida al constatar la no necesidad de la misma. Podría encontrar en esa sociedad que se abre ante sus ojos un verdadero

interlocutor con quien dialogar, y con quien crecer en el diálogo. El reto es tan simple como complejo: superar la soledad a donde se ha confinado a sí mismo por la fuerza destructora de la ideología, salir de la prisión del monólogo y comenzar a escuchar y hablar, distinguirse de Cuba y hacerse, sencillamente, cubano, junto a los demás, uno entre tantos. Solicitar la supresión del artículo quinto de la Constitución de la República sería la demostración más clara de fortaleza de un renovado PCC.

Ariel Dacal: El desafío primero del PCC, en atención al horizonte revolucionario desde el cual lo miro, está en asumir un debate público de conceptos y principios. Es decir, poner a discusión sus tesis políticas. Ese desafío pudiera concretarse en indagaciones tales como: ¿qué fuerza social controla y conduce al Partido? ¿Cuáles son los contenidos del socialismo que el PCC proclama? ¿Qué actualizaciones de sentidos amerita el desafío socialista cubano? ¿Qué significa ser revolucionario en Cuba hoy? ¿Cómo se concretan en las relaciones sociales la libertad y la soberanía? ¿Qué lugar ocupa el gobierno popular en esa concreción? Un nivel mayor de precisiones nos llevaría a preguntar, ¿cuál es la propuesta de país que brinda el PCC a la sociedad cubana? ¿Desde qué paradigma civilizatorio parte?

A tenor de esas cuestiones, y solo después de ellas, es pertinente indagar en los métodos. El desafío integrador radican en develar al interior del Partido y desde la discusión pública de este con el resto de la sociedad, cómo se concretan en practicas orgánicas los conceptos y principio socialistas actualizados. Es decir, qué sociedad se propone y cómo lograrla. Lo que está propuesto en la Conferencia es un debate de los métodos, no un debate de las concepciones. Por tanto, el mayor desafío del PCC es voltear la fórmula, más bien complementarla, pues de lo que se trata es de discutir los conceptos y los métodos que le son afines, como praxis revolucionaria.

Lenier González: En el orden personal preferiría la existencia en el país de varias fuerzas políticas con la posibilidad de participar en la construcción del orden comunitario. Fuerzas comprometidas con el ideal nacionalista y martiano de defensa irrestricta de la soberanía nacional, con un compromiso inquebrantable con todo el universo de derechos del ser humano (tanto individuales como sociales), que garantizaran (mediante derecho constitucional consagrado) el control de la vida pública por parte de movimientos sociales y actores de la sociedad civil. Comprendo perfectamente que este ideal no resulta posible políticamente en nuestras actuales circunstancias, por lo que daré mis opiniones para que el PCC pueda encarnar, o acercarse, a este ideal de diseño comunitario, donde el ciudadano sea el centro de la vida pública.

Creo que el primer desafío del PCC sería acercarse, sin esquematismos y dogmas, a la realidad social de la Isla. En la medida que logre comprender lo mejor posible los complejos procesos de cambio ocurridos en la sociedad cubana (“democratización caótica”, como le llama un amigo) estará en mejores condiciones de reconstruir su legitimidad como fuerza política organizada y de convertirse en un actor central que contribuya a la salida de la actual crisis nacional. La preponderancia del PCC en la sociedad cubana fue fuertemente impactada en la década de los 90 por el ascenso de otros actores en el panorama asociativo cubano y por métodos y estilos de trabajo que lo enajenaron de lo que ocurría en el entramado social.

En el orden de la correlación de fuerzas políticas internas, en los últimos 6 o 7 años, hemos asistido al ascenso de nuevos actores en la Isla y su Diáspora, con discursos articulados sobre el destino de la nación. Mientras que en buena parte de los años 90 era evidente la existencia al interior del país de dos proyectos cosmovisivos constatables –el del Gobierno y el de la Iglesia Católica–, con una estructura de circulación de ideas asociada, en la actualidad esta realidad ha cambiado sustancialmente, y hemos transitado hacia un policentrismo político e ideológico significativo.

En el caso de la derecha cubana, esta sigue teniendo como exponentes, dentro de la Isla, a grupos opositores nacidos en la década de los 90, muchos de ellos estrechamente vinculados (material y

simbólicamente) a organizaciones del exilio cubano de Miami y de Madrid, y a otros circuitos políticos internacionales. Estos grupos opositores no lograron reinsertarse en la nueva dinámica impuesta en Cuba por la era digital y el quehacer político en el ciberespacio. En su lugar vio la luz un grupo de jóvenes blogueros que han llenado ese vacío político. Si bien no han logrado articular una propuesta sociopolítica sólida sobre el futuro de Cuba, sí son activos en la opinión y la denuncia, y han logrado capitalizar el apoyo (mediante premios y reconocimientos) de los centros de poder del capitalismo atlántico y de sectores del exilio cubano en Miami y Madrid. Para la mayoría de este sector, el gobierno cubano no constituye un “agente de cambio” legítimo hacia el futuro.

Es en los predios de la izquierda política donde se puede encontrar una gama mayor de matices, diversidad de pensamiento y búsqueda de plataformas a la hora de presentar propuestas acotadas a la realidad cubana. En la actualidad esta joven izquierda ha asumido un rol público destacado. Además, ha logrado conectarse con movimientos sociales continentales y lograr cierta convergencia entre la agenda de un sector de la izquierda latinoamericana y las propuestas que ellos hacen para Cuba. Su discurso crítico no se proyecta globalmente contra “el régimen cubano”, sino contra algunas políticas del gobierno, y respetan las áreas de legitimidad que aun este posee. Se sienten herederos de la Revolución cubana, aunque utilizan los recursos simbólicos de la misma con un fuerte carácter transformador. El ensayista cubano Julio César Guanche ha expresado, con certeza, la existencia en Cuba de diversas “hojas de ruta” al interior de la izquierda, donde se proponen posibles salidas socialistas hacia el futuro Cuba. Tales son los casos del llamado socialismo consejista, el socialismo republicano y la socialdemocracia, aunque existen otros. Si bien es cierto que estas tendencias no han logrado cristalizar aun en movimientos sociales o en partidos políticos, sí constituyen sectores nacionales que poseen un discurso con cierto grado de articulación, sostenido en plataformas incipientes (digitales) de irradiación social.

Más allá del encuadre ideológico de las propuestas de estos nuevos sujetos o actores políticos, es decir, el papel otorgado por ellos en sus discursos a la soberanía nacional (y el tipo de relación con Estados Unidos), el funcionamiento de la economía (y a la propiedad sobre los medios de producción), la estructuración de los poderes del Estado, etc., es en el posicionamiento ante el gobierno cubano donde este asunto se vuelve más complejo e interesante en el momento presente. Tal y como afirma el politólogo Arturo López-Levy, existen en los escenarios cubanos tres tipos de actores: 1) aquellos que desean una revuelta popular al estilo de la llamada “Primavera Árabe” que derroque al gobierno cubano, 2) los inmovilistas, que desean el mantenimiento irrestricto del actual *status quo* en el país y 3) los reformistas, que aspiran a una transformación ordenada y gradual del actual sistema cubano.

El sector moderado-reformista es muy amplio en Cuba. Aspira a un tránsito hacia un sistema político que garantice una patria independiente, prosperidad económica y una democratización gradual del país, sin dismantelar abruptamente la actual institucionalidad ni el capital simbólico de la Revolución cubana, pues este capital tiene sus fuentes nutricias en el nacionalismo insular, de fuerte arraigo popular. Aspira a que las actuales autoridades del país, Raúl Castro a la cabeza, sean quienes capitaneen este tránsito ordenado y gradual que transforme sustancialmente el actual estado de cosas en la Isla, sin traumas ni hechos de sangre, y que se garantice una reactivación del protagonismo ciudadano como tema central en la agenda política. Por lo general, son sectores reacios a que determinados actores de la derecha cubanoamericana y el gobierno norteamericano asuman cualquier rol rector sobre la vida y los destinos del país. Esta tendencia, difusa y poco articulada, constituye un espacio de convergencia política “en potencia”, donde podríamos encuadrar a un grueso número de silenciosos funcionarios estatales y partidistas, intelectuales, grupos de la sociedad civil, sectores de la nueva izquierda, miembros de la derecha moderada (dentro y fuera de Cuba), sectores importantes de la jerarquía, el clero y el laicado católicos de la Isla, y un sector cada vez más amplio del pueblo, que siente con apremio la necesidad de un cambio sustancial en Cuba, dadas las fuertes carencias de su vida material y espiritual.

El PCC no debería darle la espalda al contexto nacional, sino convertirse en una fuerza centrípeta que sea capaz de aglutinar a las fuerzas patrióticas de nación. Para lograr semejante empeño debe desatar con intensidad una gestión ampliada de diálogo social, que nos permita a todos los cubanos consensuar qué país queremos. Se trata, en la práctica, de hacer política, de convocar y escuchar a la ciudadanía, para luego darle un curso y un sentido político a esos anhelos. Sería esencial garantizar el acceso a los medios de comunicación del país a los actores sociales nacionalistas, así como la posibilidad de articular foros públicos, para que sus proyectos puedan ser planteados con libertad a la ciudadanía.

La defensa de la justicia social y la soberanía nacional, la preservación del orden interno y la democratización de la vida pública cubana, constituyen una aspiración nacionalista profunda que es compartida por muchos exponentes del arco político cubano. La construcción de consensos nacionalistas debería constituir una meta crucial para una organización que debe aspirar a reconstruir su hegemonía. Se trataría, entonces, de un partido que garantizaría su rol de “vanguardia organizada” de la sociedad y el Estado, en la medida que sea capaz de representar y garantizar afectivamente las aspiraciones legítimas de la más amplia pluralidad nacional. El partido tendría la responsabilidad de convertirse en facilitador y garante de la diversidad nacional, en constructor privilegiado de consensos inclusivos que encarnen las aspiraciones colectivas y contribuya, efectivamente, al diseño y rediseño de la vida comunitaria cubana consagrando una libertad ciudadana efectiva. Entonces, a ese partido no le quedaría más alternativa que apostar definitivamente por democratizar sus estructuras internas y posibilitar que los diversos actores acogidos en su seno puedan crear agendas políticas y someterlas al debido debate interno.

Una fuerza política renovada, vaciada de su excluyente confesionalidad marxista-leninista, garante de los intereses nacionales comprometidos con el desarrollo, la soberanía, la justicia social y el protagonismo ciudadano, con la madurez patriótica suficiente para construir consensos con antiguos adversarios políticos (dentro y fuera de Cuba), estaría en mejores condiciones para intentar convertirse en el partido de todos, en el partido de la nación cubana.

3. ¿Podría hacer un breve análisis del *Proyecto Documento Base* que emana de la dirección partidista y que tiene el propósito de orientar el debate preparatorio de la Conferencia, así como los análisis a realizar en dicho evento?

Víctor Fowler: Antes que cualquier otro comentario lo primero a señalar, por un acto de elemental justicia, es que el titulado *Proyecto Documento Base* (de la Primera Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba) es el tipo de texto que existe con la intención de ser útil antes que bello. Salvado este detalle, entonces diría que mi lectura descubre un documento escrito en lenguaje pseudo-crítico (“... en diversos momentos el Partido se involucró en tareas que no le correspondían” cuando, en realidad, el ejercicio omnímodo del poder político ha sido su marca de continuidad y no durante una dispersa cantidad de momentos); que maneja de modo aséptico verdades desagradables de la realidad internacional (al tiempo que se afirma que la población del presente “es más heterogénea y envejecida, también cuenta con una masa de jóvenes que no conocieron la sociedad anterior, han vivido en las excepcionales condiciones del período especial”, se evita cualquier referencia al hecho de que han nacido inmersos en la globalización económico-cultural, horizonte del capitalismo que durará muchos, muchos años); que encuentra el tono de los tiempos al proponerse una política de cuadros que logre “... un incremento progresivo y sostenido de mujeres, negros, mestizos y jóvenes en los cargos de dirección, a partir de los méritos, resultados y cualidades personales de los propuestos.”, pero que carece de energía para imaginar qué hacer, en este mismo punto, con homosexuales, creyentes religiosos u otros portadores de eso que hoy es común denominar “diferencia”. En sentido general, le falta al documento una identidad o energía que lo haga, de modo agresivo, ser parte inseparable del

presente; es decir, “sonar” distinto a un texto rutinario que podría haber sido presentado en cualquier revisión anterior del trabajo interno de la organización.

Confieso que esperé otro lenguaje, filoso, cortante en su agudeza, así como un mayor destaque de algunas zonas neurálgicas de la sociedad cubana de hoy: la necesidad de estimular una cultura crítica (y de que el propio Partido sea su líder, en particular en los medios de difusión masiva); la reconstrucción de los liderazgos político-administrativos con especial atención a la representación del espectro de las diferencias; el replanteamiento de acciones a partir del dato que implican la condición epocal que conocemos como globalización y la intensificación de lo cultural como terreno privilegiado para la influencia de las más diversas ideologías del capital en la contemporaneidad; la necesidad de incrementar el conocimiento mutuo y el diálogo cultural entre las comunidades cubanas de todas partes del mundo; la necesidad de encontrar una identidad ideológica post-crisis mediante (y durante) el diálogo crítico con pensadores y movimientos de las ciencias sociales contemporáneas (en especial, dentro del espectro de la izquierda); la necesidad de abrir, sostener y profundizar sin descanso el diálogo público alrededor de fenómenos que afectan la cohesión social tales como el incremento de la violencia (tanto física como verbal), la degradación lingüística, la desideologización, la crisis del marxismo, la dimensión espiritual de la vida, la inclusión del entretenimiento como variable central en la teoría-práctica del ideario socialista; el aumento del valor concedido a la opinión popular y la multiplicación de espacios para que fluya la “voz” emanada desde aquí, etc.

Si se le presta atención al documento, concentrándonos en su tono y en su estructura lingüístico-apelativa, se puede afirmar que –a punto de revolucionar el tiempo y dar comienzo a lo nuevo- todavía estamos en presencia de un texto viejo. Desde este punto de vista es notable lo que sucede con la política de representación tradicional (en la cual el Partido postula un proyecto superior para el cual convoca a participar a los diversos grupos) y las políticas de la diferencia (en la cual son las agendas de los diversos grupos las que negocian su participación en el proyecto del Partido). En la primera somos convocados desde la noción de ciudadanía, como una suerte de sujetos genéricos, y entonces el Partido se supone que conoce y lidera el proceso de identificación, selección, entrenamiento y puesta en público de los ciudadanos mejores; en la segunda, a manera de complemento, carece de sentido y es falsa en tanto no absorba antes el contenido de la diferencia de la cual el sujeto es portador. Aquí ideología y justicia se retroalimentan para, mutuamente, trastornar los alcances de “lo revolucionario” a lo cual reconstruyen continuamente.

De este modo, no se trata únicamente de que un partido de carne y hueso marxista nos brinde guías para la vida y que nos conduzca y represente, “abrir” el círculo de la teoría para abarcar en ella a todos, sino de compartir lo que no se comparte: el poder político. Lo anterior implica nada menos que refundar el marxismo en su doble dimensión cultural y utópica (donde resalta su papel como “voz-intérprete” del mundo) y como teoría del poder (cuando le toca hablar y precisar sus límites como proyecto de Estado). A quienes participarán de la Conferencia les deseo el privilegio de tomar parte en hechos así (es decir, les paso mi deseo) y les recuerdo que “afuera” habrá varios círculos esperando: el país, el continente, el mundo, periodistas baratos, luchadores sociales, etc. O sea, van a tener el privilegio de ser escuchados como una “voz”.

Orlando Márquez: En el *Proyecto Documento Base* se podría indicar alguna que otra contradicción –al menos para mí– o falta de claridad. Por ejemplo, ¿qué significa “abrir cauce a legítimas aspiraciones individuales y colectivas” (nº 1.5)? Cuando se habla de que “los imperialistas” desean trabajar en la “supuesta vulnerabilidad de las nuevas generaciones y de determinados grupos o sectores de la sociedad” (nº 1.6), ¿qué se entiende por “determinados grupos”? Más adelante se habla de crear “condiciones necesarias a todos los niveles para el más amplio y sincero intercambio de opiniones, tanto en el seno del Partido, como en su relación con los trabajadores y el pueblo” para así lograr “la expresión de ideas y conceptos, de modo que la discrepancia se asuma como algo natural” (nº 1.8), ¿se

incluye en ese intercambio de opiniones a aquellos “determinados grupos”, que no sabemos cuáles son?, ¿se refiere también a quienes en Cuba han tratado de organizarse de modo independiente, sean de “izquierda”, de “centro” o de “derechas”, para presentar propuestas distintas –no digo mejores ni peores– a la situación que vivimos? ¿Qué pasaría si las ideas y opiniones de otros –algunas ideas nada más– son mejores que algunas ideas que defiende el Partido?, ¿el Partido asume solo la “discrepancia natural” o asume también la idea nueva aunque contradiga los mismos fundamentos del Partido? No queda claro en el Documento, y estas son realidades sociales que demandan respuesta. También veo repetición de críticas ya viejas, a males viejos; afirmaciones de reconducir al Partido a su papel de dirección, no administrativo, pero al mismo tiempo hay que “garantizar” que los cuadros administrativos, militantes o no, “asuman la política del Partido” (nº 68).

Con la excesiva inclusión de verbos en infinitivo al inicio de los párrafos no se dice mucho: propiciar, lograr, garantizar, desarrollar, enfrentar, incentivar, etc., Esto puede sugerir buenos propósitos que quedan en el aire si no se acompañan de una exposición de líneas de acción concretas, con etapas incluso.

En fin, para mí la cuestión no está en el análisis pormenorizado de cada punto, con algunos de los cuales estoy de acuerdo, como luchar contra la discriminación de cualquier tipo, promover valores humanos o enseñar más la historia de Cuba. No es la forma sino la voluntad que trasmite, no es la palabra sino el espíritu y la filosofía que emana del texto, de ahí las contradicciones, cierta falta de claridad y de una proyección más audaz. Sorprende lo atemporal del lenguaje y algunas ideas, refleja una política de la inmediatez y la supervivencia, un intento de seguir taponeando los salideros, pero no hay una meta clara y definida a mediano y largo plazo, no se habla de qué tipo de país queremos en medio de un mundo globalizado, y con una ciudadanía distinta, y se continúa hablando del socialismo y del comunismo con la misma abstracción de hace cincuenta años. No hay una clara visión de futuro.

Quizás la Conferencia misma supere con creces el *Documento Base*, porque es de suponer que entre los participantes habrá mucho más variedad que entre los redactores del Documento. Los tiempos nuevos exigen respuestas nuevas, un modo nuevo de entender y hacer política y, quizás, una clase política totalmente nueva o renovada. Aclaro que para mí no es cuestión de viejos y jóvenes –aunque me parece excelente la renovación oportuna–, pues el presidente Raúl Castro tiene ya 80 años y es precisamente él, a juzgar por su discurso, quien se empeña en adelantar ciertas reformas, y hay otros más jóvenes que obstaculizan esas reformas.

Ovidio D’Angelo: Como dije anteriormente, el documento se centra en la vida interna del partido y sus relaciones con las organizaciones políticas y de masas, aunque hace referencias a métodos obsoletos, viejos hábitos, formalismos, dogmas, etc. Que, por demás, no son sólo vicios partidistas sino de todo el aparato directivo del Estado y producto de su institucionalización burocrática.

Sin embargo, no será sólo con prédica y orientación que esto se resuelva; en el *Documento Base* se apela a “un clima de máxima confianza y crear las condiciones necesarias a todos los niveles para el más amplio y sincero intercambio de opiniones, tanto en el seno del Partido como en su relación con los trabajadores y el pueblo... (facilitando) en un marco de respeto y compromiso, la expresión de ideas y conceptos diversos, de modo que las discrepancias se asuman de modo natural”.

Cabría preguntarse si esto se resuelve con declaraciones y “buena voluntad” solamente, con los existentes mecanismos mellados de la participación. De igual manera, en otros apartados se promueve incentivar la participación real y efectiva de la población en proyectos locales, fortalecer el control popular, respeto al funcionamiento democrático y autónomo de las organizaciones, que los medios masivos sean una plataforma eficaz de expresión para la cultura y el debate, el análisis y ejercicio de la opinión, etc.

Todos estos son aspectos positivos que, de materializarse con mecanismos apropiados, podrían dar resultados.

Pero, a mi juicio, no se tocan aspectos claves para que esto pudiera realizarse de manera efectiva, puesto que requieren la posibilidad de asociatividad y auto-organización social que permita conformar grupos de pensamiento y opinión en la defensa y argumentación de sus posiciones sometidas a debate amplio y popular; de lo contrario, nos quedaríamos en la fragmentación actual de los procesos de consulta popular realizados, en los que no es posible conocer y agruparse en corrientes de ideas y propuestas, de manera legítima, para hacer valer toda la gama de aportaciones a la construcción de la sociedad, de manera directa y pública, lo que formaría reales corrientes de opinión en la población.

Por todo lo anterior, el debate de los representantes electos a la Conferencia podría quedar circunscrito a temas de la vida interna del partido y a proclamas ineficaces de mayores aperturas que no encontrarán sus cauces verdaderos de realización.

Sólo el debate serio y profundo sobre las cuestiones fundamentales, algunas lateralmente planteadas en el *Documento Base*, podría abrir las expectativas a una agenda de desarrollo social, económico y político que debería activarse y tomar nuevos bríos, arrastrando tras sí a toda la sociedad.

Alexis Pestano: A mi juicio, el aspecto más significativo del *Documento Base* consiste en la continuidad con la línea de reajuste ideológico adoptada a partir del IV Congreso del PCC en 1991. A partir de este momento los contenidos de la ideología revolucionaria conocieron una introspección hacia sus esencias profundas, hacia las raíces que le dieron origen, las que se afianzan en ese sueño de justicia total que recorre la historia de Cuba, cuya explicación, si fuera posible, está aún por hacer. La característica principal de tal proceso ha sido la identificación entre Nación, Patria y Revolución, en la cual la teoría marxista de la revolución social y el rol de la clase obrera –necesariamente universalista, supranacional- se asumen como instrumentos de carácter secundario. La Revolución debe ser defendida sin importar las consecuencias no porque sea el resultado objetivo de la contradicción antagónica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de una formación económica social determinada, sino porque la Revolución es Cuba misma, su realización ontológica.

En efecto, el capítulo dedicado al trabajo político ideológico del *Documento Base* se inicia con una afirmación clara: la Patria, la Revolución y el Socialismo (todo con mayúsculas) están unidos indisolublemente. En ocasión de participar en un dossier anterior de esta revista, tuve oportunidad de referirme a la extraña similitud entre la manera en que es entendida la relación revolución-nación-pueblo, y la dinámica trinitaria que los cristianos confesamos actuante en Dios. Una rara semejanza que resulta de la apropiación ideológica del profundo paradigma trinitario operante en la realidad, y que encuentra en la afirmación mencionada una expresión evidente. La Patria está al origen de todo, no es construida, sino liberada, hecha visible, **revelada** en la Revolución, que deviene su epifanía, su imagen tangible, la cual a su vez se concreta en la Historia y la fecunda a través del Socialismo. La Cuba soñada se muestra en la Cuba revolucionaria, y se materializa en la Cuba socialista, en un ciclo simple y perfecto de totalidad absoluta.

Por otra parte, como la Verdad no es evidente en sí misma gracias a la imperfección del pecado, esa terrible curiosidad del por qué, ese origen de la ilusión del disenso y la alternativa, se necesita un depósito de la revelación, un magisterio intransigente con su misión: el Partido, que sólo puede ser uno, porque una es la verdad revolucionaria. Así, el *Documento Base* afirma en sus fundamentos que el Partido es el fruto y la vanguardia de la Revolución, es decir, nace de la Revolución pero la define, la recrea al custodiarla. Al mismo tiempo, el Partido tiene como fortaleza y como misión la unidad de la Nación, lo que implica que el Partido se nutre de la Nación (que es Una) para crear la Nación misma. En términos de la antigua metafísica, en el Partido la causa eficiente equivale a la causa final, lo que implica que **es causa de sí mismo**, una condición sólo posible en la causa primera, trascendente, en Dios. El *Documento Base* por tanto, reafirma la visión teológica –y, en consecuencia, necesariamente **teleológica**- de la relación entre la patria, la nación, la revolución y el PCC, que ha caracterizado la

interpretación oficial de la historia desde 1959, y que fue potenciada, en todo su esplendor, tras la caída del socialismo real en Europa Oriental y la URSS.

A pesar de todo lo ya dicho, es posible identificar algunos elementos que permiten inferir, al menos, un intento de hacer inteligible la mística revolucionaria en las circunstancias actuales del país, y que son dignos de consideración. El *Documento Base* llama a un cambio de mentalidad para superar el formalismo en el funcionamiento de sus estructuras, a la creación de un clima de confianza para el debate de diferentes puntos de vista, y a una mayor libertad de información. Tres elementos, ciertamente positivos, que podrían coadyuvar a una necesaria normalidad del PCC en tanto partido político, que le permita facilitar los procesos de cambio que necesita con urgencia el país. No obstante, estos elementos de valor entran en abierta contradicción con la esencia absolutista y homogeneizante que consagra el *Documento Base* en sus afirmaciones doctrinales. Es éste su límite fundamental.

Ariel Dacal: Lo primero es reconocer que el *Proyecto Documento Base* pone a escrutinio de los y las militantes aspectos esenciales del funcionamiento de la principal fuerza política del país, al tiempo que propone el apego a los estatutos del Partido, especificado, entre otros asuntos, en el funcionamiento sistemático de sus instancias deliberativas centrales (congresos y plenos del Comité Central). Además, se percibe un intento de aligerar las cargas cotidianas de la militancia y de los cuadros.

De otro lado, el Proyecto invita a analizar la relación del PCC con otras organizaciones sociales y a la búsqueda de transformaciones de las mismas en atención a sus ámbitos específicos de acción y al necesario contacto interno con sus bases.

La política de cuadros está entre las transformaciones destacables, siendo su propuesta más novedosa limitar a dos períodos de cinco años la permanencia en cargos políticos y estatales fundamentales. A la luz del Proyecto y como reiteración de una idea recurrente del Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, se pretende facilitar al interior del Partido y de otras instituciones la discusión abierta, el intercambio de opiniones de manera libre y asegurar “estilos cada vez más participativos y democráticos en la toma de decisiones”.

Otro asunto a subrayar del Proyecto es la atención y el enfrentamiento a las manifestaciones de violencia, a los prejuicios raciales, de género, de orientación sexual, de origen territorial y cualquier otro que limite el derecho de las personas, lo que devela una mayor complejidad y especificidad en la atención a problemas sociales y sus manifestaciones cotidianas.

No obstante esos aspectos renovadores, el *Documento Base* no se erige en propuesta integral de renovación de la estructura del Partido. Ratifica a su interior el método verticalista de control de las instancias superiores sobre las bases, y hacia fuera, la función directiva y supervisora respecto a las llamadas organizaciones políticas y de masas. En este aspecto se soslaya el tema de la autonomía de dichas organizaciones y se obvia el análisis de la relación del PCC con el resto de la sociedad civil cubana organizada y legalmente constituida.

De otro lado, las concepciones de partida (tesis políticas) están dispersas y en ocasiones son retóricas y contradictorias en sus aplicaciones específicas, lo que dificulta relacionar las modificaciones de método y estilo de trabajo con las ideas que las mueven. Se desatiende que el Partido no es un fin en sí mismo, sino un instrumento para realizar una idea, un proyecto.

Como una limitación, en diálogo con el proyecto histórico glosado en la primera pregunta, está reducir la participación explícita del pueblo en la implementación de las políticas económicas y de los proyectos locales y en la formulación y control de estos. En la misma cuerda se insta al conocimiento y respeto de las leyes y no a la participación popular en la definición, en la decisión y supervisión de las mismas; al tiempo que el control popular se explicita solo en la lucha contra la corrupción y la impunidad y no aparece como centralidad de esta propuesta.

El documento, en su pretensión de suscitar el debate, es un generador de preguntas a sus contenidos explícitos, por ejemplo: ¿es posible cambiar las mentalidades sin cambiar el tipo de relaciones que las

generan?; ¿las políticas se trazan con el pueblo o para el pueblo?, ¿el debate de ideas implica organizarse alrededor de las ideas diferentes?, ¿quién elige y quién controla a los cuadros?, ¿los cuadros responden al Partido o a la base?, ¿podrán las organizaciones de masa elegir a sus cuadros principales desde la base?, ¿podrán interpelar al PCC?

Lenier González: Si comparamos el *Documento Base* de la Conferencia con los *Lineamientos de la Política Económica*, lo primero que salta a la vista es que parecen haber sido proyectos concebidos y elaborados por actores diferentes dentro de la clase política cubana. A los *Lineamientos* podríamos objetarles elementos importantes, pero en dicho proyecto el sentido de la urgencia, el pragmatismo y la voluntad política para dar integralidad a las reformas económicas están plasmados con más consistencia y claridad. En cambio, el *Documento Base* parece un texto sacado del pasado, con un lenguaje francamente conservador, exponente de un dogmatismo que, a ratos, asusta.

Los elementos positivos que en él hallamos -citas sacadas de discursos del presidente Raúl Castro- no logran ser acoplados de manera orgánica y sistémica dentro del texto, sino que parecen pequeños destellos de luz en medio de una palabrería que poco dice ya a las nuevas generaciones de cubanos. Entre estos elementos positivos se encuentra el llamado a desterrar dogmas, métodos arcaicos de funcionamiento y actitudes que caen en el plano de la mera formalidad; se convoca a crear un clima de confianza para el intercambio de opiniones y la expresión de ideas y criterios diversos, incluso discrepantes; se hacen votos para promover un estilo más participativo y democrático en la toma de decisiones; se llama a convertir a los medios de comunicación masivos en promotores de una cultura del debate; se potencia el desarrollo local y la voluntad política para desterrar diferentes tipos de discriminaciones.

Sin embargo, el *Documento Base* se centra demasiado en analizar el funcionamiento interno del PCC y otorga muy poco espacio para analizar cuestiones de fondo de la realidad cubana, que están relacionadas con el relanzamiento de su quehacer político en Cuba. El pecado capital del documento, a mi juicio, consiste en que desconoce, olímpicamente, la pluralidad política de la nación. Solo convocando a todo el país a un debate abierto y democrático, y luego poniéndose a tono con los anhelos generales es que se puede desplegar un quehacer político efectivo.

Ya desde las primeras líneas del *Documento Base* saltan interrogantes. Dice: “El PCC, marxista, leninista y martiano, en su condición de partido único de la nación cubana, tiene como fortaleza y misión principal la de unir a todos los patriotas y sumarlos a los intereses supremos de construir el Socialismo....”. Cabe entonces preguntarse: ¿Quiénes son los patriotas cubanos? ¿Qué elementos marcan los límites de inclusión /exclusión en la participación política de estos patriotas? Si se pretende que el partido único sea la fuerza política de la nación cubana, ¿por qué adosarle una confesionalidad ideológica determinada cuando de hecho existen ciudadanos que no son, ni serán, marxista-leninistas? ¿Qué Socialismo están llamados a construir esas fuerzas patrióticas? ¿Acaso no sería preciso, antes de exhortar a semejante empresa, haber convocado a esas fuerzas patrióticas a consensuar qué proyecto de país se aspira a construir? Esos temas, sin dudas centrales, son abordados solo de forma indirecta y tangencial.

4- A partir de este Documento Base, ¿considera Usted que esta Conferencia representará un punto de giro en el papel que desempeña el PCC en la sociedad cubana o, por el contrario, dará continuidad a una línea de trabajo partidista ya trazada en las décadas anteriores?

Víctor Fowler: Para mi gusto, hay una cuestión de tono que estimo reveladora de intención o de alcance, que transparenta al mismo viejo Partido de siempre, con todas sus mismas e idénticas limitaciones, intentando hablarle al presente y a los tiempos futuros. La cantidad de insatisfacciones que el documento deja y la notable indiferencia social a propósito de lo que, se supone, habrá de ser una reunión trascendental (indiferencia cuando falta poco más de un mes para la fecha), son

indicadores más que suficientes de que lo deseado en la intención no se logra en la realidad. A escasas semanas de la conferencia, y a pesar de su concepción como motor de renovación profunda de la vida cubana, es como si nada de ello fuera a existir.

Ahora bien, ¿significa ello que ya, antes de comenzar, la conferencia fracasó?

Creo que la dinámica de las organizaciones políticas es cuestión compleja, y estamos hablando de una que (para su bien o para su mal) lleva operando medio siglo en la sociedad cubana; dicho de otro modo, los vacíos y limitaciones del documento también son interpretables como un tránsito o enfrentamiento entre el ayer (con toda su carga de burocratización) de la organización y el futuro (donde se ubicaría la reconstrucción marxista). Es de esperar, entonces, que la conferencia sea el terreno de la última gran batalla de la más tradicional y falsamente ortodoxa burocracia socialista (que, luego de las decisiones que se tomen y esta vez sin retroceso o escondite) comenzaría a carecer de posibilidad; o sea, que allí, en la conferencia, esta impedimenta interna de las transformaciones va a tener su último “ahora o nunca”. En paralelo a esto, y como flujo contrario, la conferencia habrá de ser el espacio donde desplieguen su pensamiento las fuerzas de eso que llamo la reconstrucción marxista; ello significa que, por encima de las actuales limitaciones del proceso, la conferencia tiene hasta el último segundo la posibilidad de ser –por sus resultados- mil veces superior a su convocatoria y actual proceso, de modo que la versión cubana del ideario socialista encuentre caminos de renovación. Lo anterior significaría, a la misma vez, dar continuidad a lo que merezca ser conservado de las líneas de trabajo anteriores e introducir las renovaciones que la época demanda.

De cualquier modo, cuando los días de la conferencia pasen, vamos a disponer del más evidente de los termómetros de cambio para cualquier sociedad: la articulación y expansión de espacios de opinión pública sobre la vida de los ciudadanos y del país. La conversación de esquina nos dirá mucho, pero ese es sólo el paso primario ya que no habrá transformación creíble si antes no hay medios de comunicación masiva que sean portadores continuos del aire nuevo; mientras no sean evidentes (las 24 horas del día y los 365 días del año) la búsqueda de transparencia, el rechazo a las culturas del secreto, la aceptación permanente de riesgos, la renovación del pensamiento y la audacia. De no ser así estaremos hablando de nada, pues lo contrario (el inmovilismo) sólo se traduciría en el despliegue de cortinas de humo encima de la realidad y –como antes creo haber sugerido- en una invasión de lo formulario renovado, la superficie.

Sea como fuere lo que vaya a ocurrir, faltan apenas unas pocas semanas para la ocasión. Hablaremos otra vez entonces.

Orlando Márquez: No sé qué resultará de la Conferencia, pero a juzgar por el Documento, no habría que esperar grandes cambios y sí continuidad de un estilo de trabajo político de épocas pasadas. Creo que el papel determinante y decisivo le corresponderá al mismo presidente Raúl Castro. Él lleva en su persona la dirección del país y la dirección del Partido. Él ya ha hablado y se ha empeñado en avanzar la actualización económica, quizás hable entonces de la actualización política del PCC. No estamos hablando de religión en este caso; y aún la misma Iglesia ha dado muestras de evolución, no sólo en la liturgia, aunque permanezcan invariables su misión y destino.

Al mismo tiempo, pudiera resultar que muchos participantes logren presentar propuestas sustanciales, y empujen decididamente su organización a sintonizar con los tiempos que vivimos. Habrá que esperar. Después de todo, las diferencias que podemos ver, y que continuaremos viendo, constituyen un proceso natural de transformación social. Aunque algunos no quieran reconocerlo, esta sociedad está cambiando. El esfuerzo de unos por transformar y el de otros por conservar invariable lo que existe, es prueba de reacomodo de fuerzas sociales, de cambio. La dialéctica es real. Vemos que conviven juntos un llamado al progreso y una mentalidad y un estilo de trabajo que corresponden a una época ya superada. Comprender eso no siempre es fácil. Lo ideal sería aceptar la necesidad que

tenemos unos de otros, una necesidad absoluta que no excluye a ninguno, piense como piense. Es esa variedad de intereses, sabores y colores, lo que conforma la médula de la nación cubana.

Ovidio D'Angelo: Seguramente van a tener lugar algunos cambios en la vida interna del Partido y sus relaciones con diferentes instancias de la sociedad. Hay muchos puntos en el documento, que ya señalamos -a manera de llamadas de atención relevante-, que podrían tener un mayor impacto y revertir el carácter del debate que se realice y sobre lo cual se han expresado diferentes núcleos del partido y comités de base de la juventud en varios sectores del país. Esta podría ser la mejor de las opciones posibles, porque necesitamos ganar tiempo en construir y realizar nuestra visión de futuro socialmente concertada.

El cambio de mentalidad, aludido frecuentemente, sólo se logrará rompiendo esquemas y confiando en la fuerza creadora y el poder de las masas populares y de las nuevas ideas confirmatorias de la razón y el sentir humanos, creando nuevos mecanismos sociales más audaces y participativos, menos lacerantes y opresores.

En cualquiera de las opciones, de todas maneras, este momento debería servir para el llamado a una inmediata Conferencia del Pueblo, en la que todos los temas significativos no abordados encuentren caminos de expresión y realización.

Los tiempos son difíciles, la credibilidad y la contención social tienen sus límites, las necesidades y expectativas de la población requieren de nuevos cauces no rutinarios. La incertidumbre, la penuria cotidiana y la frustración de amplios sectores de la población no deben admitir más dilaciones. Abrirse a nuevas construcciones creativas elevaría las posibilidades de una real y satisfactoria unidad nacional hacia la sociedad en desarrollo a que aspiramos, con todas sus fuerzas sanas,...”con todos y para el bien de todos”.

Alexis Pestano: En gran medida, las consideraciones motivadas por la pregunta anterior responden ésta, aunque siempre es posible indicar algunos elementos de análisis. El *Documento Base* que ha sido publicado presenta una contradicción, a mi entender, insalvable. Por una parte, se ubica en perfecta continuidad con la tradición interpretativa sobre la relación entre el PCC y Cuba establecida desde el inicio de esta organización, sancionada de una y otra forma en todos sus Congresos y llevada al paroxismo desde 1991. Por otra, se abren con timidez nuevas puertas que pueden hacer entrar aires de renovación en la organización partidista.

La comprensión del lugar cardinal del PCC en la historia de Cuba llevó a la redacción del artículo quinto de la Constitución y constituye el principal obstáculo para la libre y responsable expresión de toda la pluralidad existente en nuestra sociedad. Si la Conferencia Nacional no tiene en cuenta este hecho y sostiene incondicionalmente el carácter exclusivo y homogéneo del PCC, y más aún, su identificación acientífica y anti histórica con la nación cubana, poco se podrá esperar (de nuevo) al término de su celebración. Si, por el contrario, se potencian las nuevas perspectivas que abre el *Documento Base* en términos de libre discusión y circulación de las ideas entre los militantes, y, aún mejor, se abren estos a recibir toda la ebullición de pensamiento de la sociedad a la que pertenecen y que ya desborda los marcos oficiales, el PCC podría desempeñar un importante papel en encauzar, por sendas nuevas de justicia y reconciliación, la inevitable transformación hacia la que avanza el país.

No es posible dar una respuesta exacta. Los delegados a la próxima Conferencia Nacional del PCC tienen ante sí un gran desafío histórico, en momentos de especial complejidad de la vida nacional y mundial. Como cubano, y más aún como cristiano, me atrevo a ser optimista y a esperar que sabrán estar a la altura de lo que necesita Cuba y del patriotismo que dicen defender. No hacerlo sería perder una gran oportunidad que nos brinda la historia para iniciar por fin la refundación de nuestra patria, esta vez sí, por fin, “con todos y para el bien de todos”.

Ariel Dacal: Téngase en cuenta que este es un proyecto de documento puesto a debate y modificación por parte de la militancia y que algunos de los tópicos esbozados continuarán siendo discutidos y actualizados por otras organizaciones más allá del Partido. Por eso, y para dar una respuesta más apegada a lo posible, es necesario esperar a que concluya el proceso y conocer cuál será el contenido del documento que quede aprobado por la Conferencia del Partido.

Lo deseable como impacto, más allá de la Conferencia y lo que generen sus declaraciones, es que nos habituemos como sociedad, y el PCC con sus funciones asumidas al interior de ella, como cubanas y cubanos de todos los días y todos los espacios, al debate constante, a la creación colectiva, a la discusión pública de los asuntos públicos, a la administración social de los problemas sociales.

No creo que dar continuidad a una línea de trabajo de décadas anteriores sea lo más acertado como escenario. El propio proceso de discusión es un hecho nada despreciable que, al menos en la última década, no había tenido lugar. Con independencia de los alcances inmediatos que pueda tener, con independencia de los ritmos que genere, la Conferencia es otro paso a un punto de no retorno con prácticas económicas, políticas, sociales y sus resultados culturales, que mostraron su caducidad histórica. También la Conferencia muestra que Cuba está viva y se mueve. Pero en relación con ese movimiento, no creo que la cuestión sea si gira o no gira, sino ¿hacia dónde gira?, ¿por qué circunstancias impelido?, ¿el Partido girará hacia métodos renovados y más eficientes para el control social?, o por el contrario, ¿el partido girará hacia una relación con la sociedad que lo deleve como facilitador de dinámicas de control popular de la economía, de la política, de las leyes y de la cultura, con un fin liberador, dignificante y colectivo?

Lenier González: Si nos atenemos a las contradicciones, dogmatismos e incongruencias contenidas en el *Documento Base*, no creo que la Conferencia esté en condiciones de replantearse el papel del PCC de cara al presente y al futuro de Cuba. Sin embargo, seguramente de la Conferencia saldrán líneas de acción para perfeccionar algunos aspectos del funcionamiento del PCC, pero sin constituir cauces programáticos para reconstruir y relanzar su hegemonía política.

Esto sería realmente lamentable, pues la llamada generación histórica que hizo la Revolución cubana, y específicamente el presidente Raúl Castro, tienen las condiciones materiales y simbólicas necesarias para desatar y llevar a vías de éxito un proceso de este tipo. Toda reforma que aspire a ser exitosa necesita de una fuerza política que cumpla el cometido de construir consensos en torno a un proyecto común. El éxito de las reformas del presidente Raúl Castro y su continuidad en el tiempo dependen de la capacidad que tenga el actual gobierno de concertar a toda la diversidad nacional en su seno. Un partido político renovado, inclusivo y aglutinador de los más amplios intereses nacionales sería una garantía para la estabilidad nacional y el éxito de las transformaciones en curso. El redimensionamiento y democratización interna del PCC -con el consecuente ensanchamiento de la participación ciudadana- es el gran tema pendiente en la agenda del presidente Raúl Castro. Y en ello podría radicar el éxito de su mandato.

Además, no podemos desestimar el gran costo político que tendría para el gobierno no atender de manera suficiente el anhelo generalizado de democratización del sistema político. Un amplísimo sector nacional percibe a la Conferencia del PCC como la última oportunidad de la generación histórica para moverse en ese sentido. Por tanto, desestimar este anhelo de seguro impactará con fuerza sobre el campo político cubano. Es muy probable que de no darse cambios en ese sentido, el amplio sector moderado-reformista, cansado ya de esperar hasta la eternidad, verá cómo se vacían sus filas definitivamente. Ello quizá no provocará un fortalecimiento de la disidencia interna, pero sí propiciará gran frustración, apatía y distanciamiento en las fuerzas vivas nacionales del gobierno cubano. Para ese entonces, al gobierno le será ya muy difícil reconectarse nuevamente con estos sectores.

¿Será capaz el gobierno cubano de propiciar un debate abierto y horizontal donde las fuerzas patrióticas puedan consensuar libremente un “proyecto de país” en el que quepamos todos? ¿Será capaz

la Conferencia del PCC de reinventar, con creatividad, la rigidez actual de los marcos que dictan qué es revolucionario y qué contrarrevolucionario? ¿Podrá el gobierno cubano implementar reformas modernizadoras que conjuren definitivamente la posibilidad de un escenario de desestabilización interna y una potencial (e inaceptable) intervención militar extranjera en Cuba? ¿Seremos capaces los cubanos de acompañar un camino de reformas graduales y ordenadas si el actual gobierno cubano (o sus sucesores) iniciasen esta gestión de forma seria y responsable? Como ciudadano comprometido con los destinos de mi patria, aspiro a que la Conferencia del PCC y el presidente Raúl Castro asuman sin dilaciones esta responsabilidad histórica y salden este desafío (enorme) satisfactoriamente, por el bien de Cuba y de los todos los cubanos.